

# Puntos de fuga

## El amor en los tiempos de la tecnología

PAULA B. ALTAYRAC

**L**a película “Ella”, del director Spike Jonze plantea, a mi entender algunas cuestiones que me resultan interesantes retomar en el marco del tema de este número de la revista. Más allá de las tecnologías y de esta ciencia ficción no tan alejada de nuestra época que se plantea allí, creo que uno de los ejes centrales que recorren el film es la pregunta por el lazo social.

El protagonista, Theodore, es un hombre de cuarenta y tantos años que se ha divorciado recientemente y que, posiblemente por el duelo por esa relación, se ha ido apartando de sus lazos sociales con excepción del contacto que tiene con una pareja amiga. Paradójicamente, trabaja escribiendo cartas de amor entre parejas desconocidas para él, madres e hijos, abuelos, etc. como aquel que “sabe” acerca de los lazos amorosos pero que se mantiene ajeno a ellos. En los fragmentos de cartas que se muestran, Theodore muestra una sensibilidad que contrasta con la apatía con la que vive su vida cotidiana.

El azar -si es que podemos decir que la publicidad deja algo librado al azar- hace que Theodore se encuentre con la promesa de un sistema operativo nuevo que se propone, en una primera instancia, como ¿alguien? ¿algo? que le organizará el contenido de su computadora y que, luego, en poco tiempo, gracias a algún algoritmo matemático, va haciéndose de cierta “personalidad” acorde a los gustos e intereses del usuario.

Así comienza un modo de lazo al “otro” que está solo conformado por la voz de una mujer, que tiene como particularidad que se trata de un otro inventado a partir de preguntas que debe responder el usuario acerca de sí mismo y de su vida. O sea, se trata de un otro “personalizado” para cada uno. Pero además, se trata de un otro que está disponible las 24 hs. y que, carece de pasado, alguien “nuevo” que conoce el mundo por primera vez por los intercambios que tiene con el usuario. A este otro, se le puede, en principio, hablar o dejar de hablar, prender y apagar a gusto de cada uno, sin miramientos por herir sus sentimientos ya que “vive” para uno.

Se trata de una aparente solución a la soledad, al desencuentro del ser hablante con sus semejantes. Se plantea la ilusión de un encuentro posible allí donde los cuerpos no se tocan y donde la única subjetividad que importa es la del usuario. Surge así entre ellos un estado de enamoramiento que, a decir del protagonista, supera lo que alguna vez él haya podido sentir por otra persona. Podríamos decir que la cosa funciona mientras Samantha (así se autodenomina el sistema operativo) sólo está para Theodore.

La avidez de conocimiento de ella lo seduce y lo anima a vivir y experimentar sensaciones allí donde se encontraba adormecido. A partir de este encuentro, él recupera algo del gusto por la vida y vuelve a sentirse feliz. Pero todo funciona bien mientras se mantenga la ilusión de completud entre ambos.

Apenas surge un esbozo de subjetividad del lado de Samantha, la ilusión de complementariedad entre ambos cae.

A mi entender, hay dos puntos de quiebre en esta “relación” entre Theodore y Samantha. El primero es cuando, en esta relación en la que los cuerpos no se tocan, Samantha cree hallar un modo para que allí se produzca un encuentro sexual, introduciendo en la pareja a una tercera persona: una chica que, conmovida por la historia de amor de ambos, presta su cuerpo para que ellos puedan encontrarse. No obstante, cuando algo de la mirada de esta otra mujer y de su voz ingresan accidentalmente en el encuentro, rápidamente se rompe la escena y la ilusión de que Theodore y Samantha pueden estar juntos, por esa vía.

El segundo punto es cuando él descubre que -por algún medio tecnológico- ella también mantiene conversaciones con millones de personas y hasta se reconoce enamorada de algunos de ellos. Se abre la dimensión del deseo en ella y, del lado de él, la inevitable pregunta por qué quiere ella y qué lugar ocupa él para ella.

Para Freud, la cuestión de la sexualidad queda ligada al complejo de Edipo, se es hombre o mujer de acuerdo a cómo se lo haya atravesado y allí ubica identificaciones que hacen a lo femenino y a lo masculino y, un modo de deseo y goce particular para cada sexo. No obstante, hasta aquí, la cuestión de qué es ser una mujer o un hombre queda bastante pegada a la cuestión social, es decir, a lo que cada cultura llamará “mujer” u “hombre”.

En el Seminario 5, “Las formaciones del inconsciente”, Lacan va a retomar esta cuestión y propone el término “asunción”. Se trata -a esta altura de su enseñanza- de la: *“asunción del sujeto de su propio sexo, que es, de hecho, que el hombre asuma el tipo viril, que la mujer asuma cierto tipo femenino, se reconozca, se identifique con su función de mujer”* (1). Es decir que, hasta este punto, continúa con la idea de que son las identificaciones las que ubican al sujeto de un lado o de otro y esto, luego se le revelará como insuficiente.

Más adelante en su enseñanza, Lacan, planteará la cuestión en términos de “sexuación”. A partir del texto “El atolondradicho” y de los Seminarios 19 y 20, comienza a pensar lo sexual en relación a dos modalidades de goce. Allí termina de formalizar las fórmulas de la sexuación –que ya había comenzado a desarrollar en el Seminario 18–, manteniendo la primacía del falo pero, ubicando, más allá del goce fálico, al goce femenino. Este modo de pensar la cuestión produce un gran cambio en el modo de pensar la diferencia de los sexos (2).

A partir de las fórmulas de la sexuación, del lado “hombre” de la fórmula, Lacan ubica al goce fálico y entonces, se ubica allí, aquel sujeto completamente sometido a la función fálica, y, consecuentemente, al goce fálico y, por el contrario, queda del lado “mujer” de la fórmula aquel, cuyo goce es de otro orden, un goce no-todo fálico, es decir, que no obedece completamente al goce fálico, un goce suplementario. Queda, así planteada la cuestión en relación al goce fálico y al Otro goce al que llamará femenino.

Si tomo estas cuestiones acerca de la sexualidad en Freud y Lacan, es para intentar pensar cómo cada quien, se las ve con eso que pasa en el encuentro con su partenaire. De allí que Lacan utilice este nuevo modo de leer la frase *“su vida sexual”* como lo que aprieta o incomoda, ya que el modo de ser hombre o mujer conlleva siempre cierta incomodidad con la que se las tiene que arreglar cada vez, en cada encuentro, el ser hablante.

Lo sexual es efecto del modo en que el significante marca al sujeto y a partir de él, cada uno se ubica en relación al falo como serlo o tenerlo, pero también, no hay que soslayar la cuestión del goce. El goce tiene que ver con la pulsión, cuya sede es el cuerpo. Se trata de un cuerpo habitado por un goce inscripto dentro de la lógica del goce fálico o del más allá del goce fálico, (goce femenino, no-todo fálico).

Es con ese modo de posicionarse en relación al significante fálico del lado hombre o del lado mujer que también cada uno hará su elección de objeto, se elige al partenaire, soportando los encuentros y desencuentros que de por sí suponen el lazo con un otro distinto.

Samantha, el sistema operativo inteligente de la película “Ella”, promete un encuentro con un otro carente de subjetividad y hecho a la medida del usuario justamente para eludir y evitar que éste se las tenga que ver con un otro deseante. Y aquí vemos cómo la tecnología de esta ciencia ficción rebasa lo esperado y allí donde todo era configurable a gusto del usuario, surge -cual acto psíquico del cual hablaba Freud- una nueva subjetividad donde no la había. En tanto se puede leer un deseo, ubicamos el efecto sujeto y entonces la ilusión del encuentro sin fisuras, sin vaivenes, sin malentendido se rompe y lo que queda nuevamente es un hombre, **Theodore**, con la soledad de su goce.

Si, a partir de la enseñanza de Lacan, sabemos que el amor, en su vertiente imaginaria, suple la ausencia de relación sexual, es decir, la ausencia de esta pretendida complementariedad de los sexos, ¿podemos pensar que lo que experimentan los dos protagonistas de la película sea amor? El amor intenta velar lo que no hay de complementario entre el goce de un sujeto y su partenaire, es el deseo de ser Uno.

Aquí, se pone en evidencia, la fragilidad de ese velo, cuando no hay lugar para el encuentro con otro distinto y entonces no puede soportarse nada de la falta, de la diferencia y lo único que se espera es un partenaire que no desee otra cosa, es decir, con su subjetividad abolida. ■

## Notas

(1) Lacan, J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As.

(2) Safouan, M., *Lacaniana, Los seminarios de Jacques Lacan 1964-1979*, Paidós, Bs. As., 2008.

## Bibliografía

Lacan, J., *Mi enseñanza*, Paidós, Bs. As., 2004.

Lacan, J., *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Bs. As. Soler, C., *Lo que Lacan dijo de las mujeres*, Paidós, Bs. As., 2006.

Safouan, M., *Lacaniana, Los seminarios de Jacques Lacan 1964-1979*, Paidós, Bs. As., 2008.

El presente texto ha sido publicado en el No. 4 de la revista de Centro Dos, Nudos en psicoanálisis:

[www.revistanudos.com.ar](http://www.revistanudos.com.ar)